

**Poética para una despedida:
Nada grave de Ángel González**

Laura Scarano
Universidad Nacional de Mar del Plata
CONICET, Argentina

“Me resisto a confinar en el pasado ese residuo de mí mismo,
a desprenderme de ese yo que es otro, pero que ahora,
cuando los dos estamos acercándonos a un final inevitable,
noto que me hace muchísima compañía”
 (“¿...Soy poeta?”, 1998).

La editorial Visor publicó en 2008, en su colección “Palabra de honor”, los últimos poemas de Ángel González,¹ bajo el título elegido por el propio autor: *Nada grave*. Luis García Montero y Jesús García Sánchez nos cuentan en el breve prólogo los minúsculos avatares de estos 28 poemas, incluida la dedicatoria. Algunos ya habían aparecido en el número de homenaje de la revista *Litoral* preparado por Susana Rivera en 2002; otros se recogieron en una antología artesanal con prólogo de Benjamín Prado, titulada *¿Qué sabes tú de mi vida?* y “El poema de mis 82 años” fue publicado por *El País Semanal* el 27 de octubre de 2008. Todos ellos, junto con otros poemas, quedaron agrupados en un proyecto de libro que el mismo González tituló *Nada grave*.

Nunca la noción de *work in progress* cuajaría tan bien para un libro perfectamente acabado, pero no concluido por su autor, interrumpido por su muerte. Para Pietro de Paula, “*Nada grave* es mucho más que una colección de poemas circunstanciales. Se trata de un compendio unitario por razón del tono y del tema”. En una entrevista, que le hice en Columbus en el año 2000, admitía: “Yo no escribo libros, lo he dicho muchas veces, escribo poemas; pero como son poemas escritos en un período de tiempo relativamente corto, pues son poemas que tienen la coherencia que tiene la persona que los escribió en ese momento” (Scarano, 2003: 175). Sus lectores fieles seguramente encontrarán en este último guiño del asturiano su apuesta por una poética vitalista, integradora, imposible de cerrar. Y por eso experimentarán la refrescante sensación de que él aún está aquí, incorporando textos a este poemario póstumo, aunque el cuerpo que los habita haya partido.

¹ Ángel González (Oviedo, 1925) fue Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1985) y Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (1996), entre muchos otros. Entre sus poemarios más influyentes cabe mencionar *Aspero mundo* (1956), *Sin esperanza, con convencimiento* (1961), *Grado elemental* (1962), *Palabra sobre palabra* (1965), *Tratado de urbanismo* (1967 y 1976), *Breves acotaciones para una biografía* (1969), *Procedimientos narrativos* (1972), *Breve muestra corregida y aumentada de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1976, 1977), *Prosemas o menos* (1985), *Deixis en fantasmas* (1992) y *Otoño y otras luces* (2001). En 1968 apareció en un solo volumen y bajo el título de *Palabra sobre palabra* toda su poesía publicada hasta entonces, actualizada en posteriores ediciones. Murió en Madrid el 12 de enero de 2008.

Conocí a Ángel con Susana Rivera en una memorable noche de primavera en Buenos Aires hace muchos años (1999), dos décadas después de haber descubierto su poesía en las aulas universitarias argentinas, con sorpresa y pasión. Después volvimos a encontrarnos en Estados Unidos y varias veces en España. En el transcurso de mi vida como docente e investigadora, dirigí tres Tesis doctorales sobre su poesía (en 1999 (MF), en 2002 y la última en 2014 (VL)), además de varios trabajos monográficos de alumnos y graduados. Debo decir que es el poeta más exitoso de mi programa de *Literatura y cultura Española contemporánea* en mi universidad marplatense, asignatura que dictó hace casi 30 años... Di muchas conferencias y publiqué artículos sobre su poesía. En 2002, un largo estudio titulado “Los paisajes urbanos de Ángel González”, en el monográfico de la revista *Litoral*; en 2003 otro artículo sobre los imaginarios urbanos que lo inscriben con disidencias y vínculos en la tradición de *Poeta en Nueva York* de Lorca como antecedente, y lo enlazan con la obra de Luis García Montero como sucesora. Escribí además ese año un capítulo sobre un poema al que volveré en esta charla, que reescribe el extrañamiento existencial de Lorca, pero en clave irónica. Otros tres trabajos últimos consolidan mi pasión constante por este asturiano entrañable.² Finalmente, en 2003 salió publicada esa cálida entrevista que me concedió en Ohio en diciembre de 2000, al coincidir ambos en un congreso. Y la titulé “*De los álamos vengo...*”, porque allí me regaló uno de sus poemas aún inéditos, que iría a integrar su último libro publicado en vida, *Otoño y otras luces* (2001). Dada su brevedad y belleza quiero rememorar esa charla leyendo ese poema:

*Alamedas desnudas,
mi amor se vino al suelo.
Verdes vuelos, velados
por el leve amarillo
de la melancolía,
grandes hojas de luz,
días caídos
de un otoño abatido por el viento.
¿Y me preguntas hoy por qué estoy triste?
De los álamos vengo.*

Sin duda su gusto por la poesía oral se cruza aquí con su vocación de juglar, que a la vez lee atentamente la tradición para apropiársela. Aquella bella canción tradicional, rezaba así: “*De los álamos vengo, madre,/ de ver cómo los meneas el aire./ De los álamos de Sevilla/ de ver a mi linda amiga./ De los álamos vengo,*

² Este trabajo es una versión larga de dos anteriores: una breve reseña a su libro que hice en 2008 publicada en *Revista La pecera* (Argentina) y un artículo publicado en *Archivum* (2011-2012), titulado “*Nada grave o grave nada: La mueca póstuma de Ángel González*”. Mi último trabajo sobre el poeta lo hice en colaboración con mi tesista doctoral Verónica Leuci, en el primer número de la revista ovetense *Prosemas* (2014).

madre,/ de ver cómo los menea el aire".³ La ligera alegría del joven amante que vuelve de ver a su amada y se siente en contacto armonioso con una naturaleza floreciente, se convierte en la honda melancolía del adulto, que reconoce en sí el otoño abatido por el viento, el abandono de su amor y su tristeza y soledad. Sus álamos del presente ya no son los del pasado.

Conocer personalmente a AG, mucho tiempo después de *leerlo*, fue muy significativo para mí. El temor de poner rostro definitivo a los poemas que ya formaban parte de mi vida (con el dejo casi siempre decepcionante de que la persona de carne y hueso está irremediabilmente distanciada de la figura que construimos al leerlo), en su caso no se dio. Porque el hombre que conocí superó y multiplicó los efectos más elocuentes que su poesía edificaba: la sutil ironía de su sonrisa, la inquietante lucidez de sus ideas, la contenida y apacible mansedumbre de sus gestos, esa cálida mirada de quien ha atravesado tantas cosas y todo lo comprende. El "ángel de palabras" que mis lecturas construyeron tenía su reflejo acabado en el sencillo hombre "bueno" que me regaló y dedicó sus libros, que me concedió su preciado tiempo para entrevistas y conversaciones de café, con la paciente sabiduría del poeta que se sabe una persona como todos, sin aureolas carismáticas ni poses de superioridad.

Antes de recorrer el libro, quisiera comentar la posible categoría en la que caen estos poemas: me refiero a la de "poesía de senectud". Como bien la define Díez de Revenga en su estudio: "esa poesía escrita en los años de la vejez [es] la que designamos con el término de poesía de senectud" (11). Jorge Guillén, uno de los más longevos poetas españoles del siglo XX, publicaba su libro *Final* a los ochenta y ocho años (muere a los 91 años en 1984), y decía en los primeros versos del poema "Hacia el final": *Llegamos al final,/ A la etapa final de una existencia./ ¿Habrá un fin a mi amor, a mis afectos?/ Sólo concluirán/ bajo el tajante golpe decisivo.*" Recordemos a otro poeta de senectud, Unamuno, que muere en diciembre de 1936 y dos años antes escribe uno de sus mejores poemas de despedida, a los 72 años: "Arropadme, recuerdos míos;/ ¡qué frío sopla la vejez!/ [...]. Arropadme, recuerdos viejos;/ casi tan viejos como yo;/ llegáis a mí desde tan lejos.../ ¡ay tiempo el que pasó!" (*Cancionero*, 1681, citado por Revenga, 39). Francisco Díez de Revenga apunta como "principales inquietudes de una poesía de senectud": la presencia de la vejez como motivo de reflexión, el reconocimiento de la propia identidad como escritor anciano, las reacciones ante la juventud ya distante, pero admirada y añorada, las mutaciones de la naturaleza (1988: 16).

¿Cuáles son los componentes de esta *poesía de senectud* y cómo aparecen en la obra de González? A ese básico repertorio habríamos de agregar sin duda los cambios corporales de la edad, la degradación del cuerpo, el deterioro físico bordeando la caricatura, pero además la ausencia o abandono amoroso, las contradicciones entre los apetitos del espíritu y la fragilidad de la carne, la certeza de la muerte cercana. Pero esos tópicos terminales están compensados por una conmovedora sabiduría, que

³ Recopilada por José María Alín en 1991, en su *Cancionero tradicional*.

reconoce además las nuevas libertades de la edad final, el alivio del vértigo vital, la superación de los miedos juveniles, cierta resignación y descanso. Tampoco abandona González su impronta de maestro y compañero de otros poetas, con pequeños homenajes y elusivas imágenes a sus antecesores y pares, desde una edad asumida como suma y ganancia. La revalorización del arte, los beneficios catárticos de la lectura literaria, la presencia de sus poemas como hijos dilectos que lo acompañan en el tránsito final, forman parte de una poética que se consolida, lejos de los brillos de la fama y cerca de la poesía como experiencia vital.⁴

Quisiera ir recorriendo su poesía en esta charla para advertir cómo construye una **poética de la despedida** desde una ética de la vida. Una estética de “pesimismo vitalista” enraizada en la inversión y la negatividad paradójica de sus postulados; una construcción del yo desde sus fisuras, como espectro o fantasma; una percepción metafísica de la existencia desde un escepticismo sapiencial. Como el anciano agnóstico que se yergue de pie en los umbrales de la muerte y mira esa “nada” inminente cara a cara, minimizando su impacto, pero hondamente consciente de su irreversible abrazo.

Sin duda, *Deixis en fantasma* (1992) que a su vez continúa y ahonda la voz elegíaca de *Otoño y otras luces* (2001) comparte tono e ideología con *Nada grave*, una natural serie enlazada que profundiza la disolución del sujeto en la nada. La mentira de la vida es un espejismo, o afirmaba en *Deixis...*: “*Más allá de este sueño/ ya no hay nada*”, “*este sueño sin sueños/ es –a secas- la vida*” (DF 406). El hombre era visto ya como un “*topo, / horadando su túnel tercamente*” (DF 407), y desembocaba su escepticismo en la imagen del último poema, que parafraseaba el consejo de Antonio Machado: frente al “*arte largo*”, “*la vida en cambio corta/ como un cuchillo*”, para concluir con un rotundo: “*Pero nada ya ahora*” (DF 422).

Recordemos también el poema inicial de *Deixis en fantasma*: “*Sólo presencia que no ocupa espacio,/ sombra o luz fiel al borde de mí mismo/ que ni el viento arrebat, ni la lluvia disuelve,/ ni el sol marchita, ni la noche apaga.*” (DF 405). El sujeto se disuelve en un pronombre neutro, ni yo ni él, “*ni esto*”, “*ni eso*”, sino “*aquello*”; otra modalidad de la “nada” que dibuja a contraluz esa figura en filigrana que es el yo poético, cuando se “*ata a [su] vida dulcemente*”. El texto inscribe un “yo fantasmal” que se ubica en el “umbral” entre vida y escritura: es una “*presencia que [ya] no ocupa espacio*”, es una “nada”.

El nombre propio que enlaza autor y hablante en el poema “**De otro modo**” es homónimo de uno de García Lorca, aquel que termina con el conocido verso: “*Qué raro que me llame Federico*”. Aquí sella la identidad y paradójicamente también su extrañamiento, y se consolida en la versión gonzaliana: “*Cuando escribo mi nombre, /lo siento cada día más extraño./ ¿Quién será ese?- me pregunto./ Y no sé qué pensar.*

⁴ John Wilcox se aventura al hablar aquí de “un sujeto gerontológico”. Y explica que “la palabra «gerontología» consiste en un prefijo, «ger-», que quiere decir vejez, y el término «ontología», que significa «el ser»: es probable que cuando los seres sensibles se acerquen a su fin comiencen a sentir la necesidad de sopesar lo que han podido conseguir durante el curso de su vida” (202).

Ángel./ Qué raro” (DF 417). Pronombre y nombre de autor conviven aquí, alternando la pulsión fantasmática del yo con el simulacro autoficcional de Ángel. *Deixis en González*, deberíamos decir, siguiendo la marca rotunda del antropónimo que inaugura el poeta desde su poema prologal en *Áspero mundo*, “Para que yo me llame Ángel González”, hasta diluirlo por completo.

Nada grave es una poética del adiós, una despedida anticipada donde la frase es la sentencia que como un padre nos dirige el poeta a sus hijos, para tranquilizarnos de las amenazas y terrores del mundo. Este yo reconoce su abrazarse a la vida y a la muerte próxima, sin dramatismos ni pánico existencial. Sin embargo, la letanía “nada grave”, repetida en el libro hasta el cansancio, se va transformando a medida que leemos una “grave nada”, figura que captura el centro de la escena, volviendo ingrátido al adelgazado sujeto que pronuncia estos versos.

El poema que abre el libro a modo de “**Dedicatoria**” excede la marca biográfica del tú al que va dirigido y permite que el lector se acomode en esa brumosa figura del interlocutor, para incorporarse a este diálogo que se abre con un primer gesto, el de donarnos su palabra: “*Sin ti la poesía/ ya no me dice nada, / y nada tengo que decirle a ella./ La única palabra/ que entiendo y que pronuncio/ es ésta/ que con todo mi amor hoy te dedico:/ nada*” (19).⁵ Estos textos están impregnados de una tonalidad elegíaca, un coloquialismo henchido de lirismo, una brevedad casi epigramática, de poema al borde de la breve canción o la confidencia íntima, mínima, como dicha al oído.

El que habla aquí no cuenta historias; *cuenta el canto*, como su querido maestro Antonio Machado decía en la serie “De mi cartera” de *Nuevas canciones* (1924): “*Canto y cuento es la poesía./ Se canta una viva historia,/ contando su melodía...*” El “canto” que nos cuenta la fuente en el poema “**Todo el mundo lo sabe**” (“Todo lo que ya fue volverá a ser”/ *murmura el cuento claro de la fuente*”) no es aquí el eterno retorno de la vida; ése es el “cuento”, la falsa promesa de que nada acaba, por eso se empecina en afirmar que “*el cuento de la fuente es eso: un cuento*” (65). Esa es la mentira o la trampa que confunde los sentidos y alucina la mente. Para este sujeto, el canto de la fuente proyecta una gravedad existencial, la del personaje tanteando el vacío inminente. Es una identidad espectral que constituye un paso más –el último– en ese itinerario de “*Deixis en fantasma*” de su obra anterior.

¿Quién dice yo en *Nada grave*? Y ¿qué nos dice de su agónico presente? En primer lugar, la vida del yo se presenta como un espacio de frontera, en el gozne entre existir y desaparecer. No es vida plena, sino espectro de vida, el resto de una suma que acabará por detenerse irremediablemente, “escombro tenaz” del hombre aquel que soñaba y palpitaba (como decía en “Para que yo me llame AG...”). Aquí se convierte en un Lázaro bíblico invertido –de ahí el anagrama del título “**Orazal**”– que no vuelve de la muerte a la vida, sino que “resucita” de la vida a la muerte. “*Soy el resucitado de la vida,/ el que regresó al reino de la nada, / en el que sé que estuve,/ aunque no lo recuerdo./ De todas formas, sombras familiares / me miran con*

⁵ Todas las citas se harán de la edición mencionada de Visor, de 2008, con la abreviatura NG. Las restantes citas de poemas anteriores son extraídas de la edición de 1994 de *Palabra sobre palabra*.

curiosidad/ y alguien me dice, no sin asombro: / -Has vuelto./ ¿Quién te ordenó pasar de la luz a la sombra?/ No todavía la muerte;/ solamente el fracaso de la vida” (21).⁶

Este hombre confiesa “el fracaso de la vida” y ésta es la razón de su inverso pasaje “de la luz a la sombra”, como el Lázaro resucitado pero al revés. Ya este primer texto enhebra una meditada despedida, construye una poética del adiós que se anticipa al desenlace biográfico; pone en palabras lo que todos sabemos, nuestro destino final, sin grandilocuencia, con el tono bajo y contenido que identifica su escritura desde su *acariciado y áspero mundo* de los años 50.

González traza el perfil de un sujeto intersticial, asomado a ese borde incongruente de quien ve el futuro próximo y siente la inminencia del pasaje, mirando a ambos lados (la vida detrás, la muerte delante), sin pertenecer a ninguno de esos territorios por completo (ya no la vida, aún no la muerte). Por eso se declara “insistente” y “sombrío” frente a la luz del mundo que sus “ojos abiertos” le devuelven; o persiste en nombrarse desde sus “ojos cerrados”, que clausuran el mundo. Este tercer poema titulado “**Yo insistente**” se centra en la frágil materialidad de este cuerpo que se interroga, como dos ojos que se abren al mundo y se cierran sobre sí: “*Cierro los ojos, desaparece el mundo./ En el interior negro de mi cuerpo/ sigue mi yo sombrío sin cambiar de postura./ Ensimismado, mudo, impenetrable./ Asusta su silencio: es un reproche./ Abro los ojos: el mundo reaparece / luminoso, diverso./ Pero mi yo persiste, no abandona./ Él es el que lo mira, / él es el que proyecta / el mutismo obstinado, la frialdad distante / que el mundo me devuelve implacable y severo*” (23).

Cuando en el poema “**A vueltas**” se pregunta: “*Y ahora, ¿dónde estoy?*”, este pasaje de fronteras le trae aroma de ambos mundos; el hombre está entremedio: “*en el lugar del que vengo*” (la vida), “*no en el que lugar al que voy*” (la muerte). Es éste el sentido de su viaje; y el poeta sabe que tiene término. Y se pregunta si este final es un premio o castigo, aunque con ironía llama al dolor y al fracaso que experimenta “**Última gracia**”: “*Acaso/ ese golpe final/ -yo ya caído-/ no fue otro acto de crueldad,/ sino una prueba/ de la piedad que decían no tenerme*” (25).

Aquel poeta que durante la larga posguerra consagró un imaginario de resistencia con el emblemático título *Sin esperanza con convencimiento*, en su senectud reivindica ambas actitudes, pero matizándolas. Convencimiento nunca le faltó, en una lucha tenaz por dar voz a sus fantasmas, hacer que lo íntimo se funda

⁶ John Wilcox aventura que *Nada grave* “demuestra una actitud muchísimo más sombría que la de la de crepitud corporal y nostalgia por la pérdida del vitalismo. En efecto, una inferencia que nosotros los lectores podríamos hacer es que esta colección se inspiró en el hecho de que el mismo Ángel González habría sufrido una suerte de ataque, tal como un derrame cerebral, un infarto o una embolia pulmonar en que él perdió conciencia total, o aun que murió.” (198). Y al analizar “Orazal” destaca que el hablante “confirma para sus lectores, y a la vez para sí mismo, que acaba de vislumbrar a aquellos que lo estaban mirando como “sombras familiares”. Es decir, “que él ha sido devuelto de una suerte de Hades, de la sombra del más bajo mundo. En efecto, la implicación es que el Ángel González de carne y hueso se quedó muerto por unos segundos y que los médicos lograron rescatarle de “la muerte” y devolverle a “la vida” (2014: 199).

con lo social y compartido. Ahora, ante la cercanía de la muerte, ya no conserva la esperanza en la justicia de los hombres, pero se le concede el irónico don de la esperanza, en el acabamiento del dolor. Por eso lo que le pasa no es “nada grave”, es como decir “no tiene importancia”, “no teman”, porque esta “nada” de ahora es “*la menos peligrosa, en cualquier caso./ La que no puede defraudarnos nunca*”, como expresa “**Siempre la esperanza**” (27).

Como vemos, la figura central del libro no es la del poeta, sino la del hombre común que se acerca al final y reconoce que, desde su nacimiento, es “*un pedazo de sombra*”. Nació, creció y se hizo “*más grande y más oscura/ negra, negra*”, hasta eclipsar la luz de “*cuanto lo rodeaba*”. Vivir para González es pues un ejercicio de paulatino oscurecimiento. Y si queda un sentimiento de culpa en esta sombra sin perfiles, “*confundida en lo oscuro con lo oscuro*”, no es autocompasión sino “*el dolor de todo lo que había ensombrecido*” (“**Una sombra**”, 33). Admite con tono lúdico la fragilidad de sus ilusiones en “**Por raro que parezca**”: “*Me hice ilusiones. / No sé con qué, pero las hice a mi medida./ Debí haber sido con materiales muy poco convincentes*” (31). La ironía ácida del último verso configura un yo tensado entre la resignación lúdica y el fatalismo de la culpa.⁷

Si recorremos la colección completa, percibimos el aire de esa vieja ironía gonzaliana, aunque nunca llega al humor corrosivo de textos anteriores, ya que la tonalidad predominante es la elegíaca. García Montero y García Sánchez destacan en su Prólogo que “la ironía, como pudor, vuelve a convertirse en una clave del pesimismo vitalista del poeta” (15). En el poema “Dato biográfico” (de *Muestra, corregida y aumentada...* en 1976), se había identificado con las “cucarachas”, habitantes de la noche, fotofóbicas y escurridizas. Ahora pasa a otra animalización naturalista de su cuerpo, en el poema titulado “**Hoy**”. El que fuera antes joven “caballo” “que relincha” ha devenido “elefante centenario”: “*Todo lo que yo tengo de animal,/ de vertebrado,/ de mamífero,/ hoy se adueña de mí con descaro exultante*”, “Soy esto/ -dice o casi relincha, desafiante, mi cuerpo-/ y nada más que esto:/ cuadrumano o solípedo/ y poca cosa más: sedentario, nocturno.” El caballo ha perdido su fuerza, y el “*elefante centenario/ vertebrado mamífero*” es el yo que confiesa “*me voy por una senda sin regreso*” (35).

En “**El poema de los 82 años**” con fino humorismo se retrata: “*Ha pasado casi un siglo./ Soy un señor muy antiguo./ O mejor,/ lo que queda de un señor*”. Y esto que queda de él son apenas “*unos restos/ desvaídos*”. El siglo que lo traspasa es “*el río de la vida*”, que “*sigue moliéndome vivo, / hecho polvo / enamorado/ del agua, del agua aquella,/ cuyo murmullo lejano / aún oye mi corazón*” (55). Pero ni los ecos del río medieval ni del polvo del barroco quevediano, lo apartan de su ética de la vida

⁷ Como lo expresa Angel Prieto de Paula en su oportuna reseña del libro, “el ironismo atenuador, la manipulación de clichés lingüísticos o las antífrasis que alteran el sentido convencional de las palabras han desaparecido en el póstumo *Nada grave*, salvo precisamente en el título, último quiebro displicente del autor que pone entre paréntesis la tribulación que preside todo el volumen”.

machadiana, que se aferra “*al agua aquella*” (55), del “*cuento claro de la fuente*”, “*que articula el mañana y el ayer*” (“Todo el mundo lo sabe”, 65).

Los poemas más provocativos desde el punto de vista conceptual son aquellos en que reflexiona sobre el lector. Con el título “**Leo poemas**” logra delinear en apenas seis versos las posturas más renovadoras respecto de una teoría de la lectura. El lector que viaja por la literatura se proyecta en ella y vence la soledad. El verso ajeno es “*sentido*” “*en el alma como una caricia*” y su virtud terapéutica – especialmente “*el verso triste*”- sutura el aislamiento: “*No es que me alivie la tristeza ajena: / es que me siento menos solo*” (39). Con el juego de palabras del título de otro poema, “**La verdad de la mentira**”, admite que si la poesía es una mentira (una ficción no verdadera), construye sin embargo una verdad convincente a la que llega el lector guiado por los guiños del autor. La conciencia del artificio lírico no anula la experiencia de verdad que el poema produce en su lectura, de ahí que razone al final, en un simulacro de diálogo con el lector: *Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas, / y una voz cariñosa le susurró al oído: / ¿Por qué lloras si todo / en ese libro es de mentira? / Y él respondió –Lo sé, / pero lo que yo siento es de verdad*” (41). Ambos poemas afirman la experiencia catártica del acto de lectura, apoyándose -del amplio abanico de sentimientos que el arte despierta- en los de signo negativo o sombrío: la tristeza, el llanto.

De esta vida terminal abocada a la nada, el poeta rescata sin embargo unas módicas ventajas. La suspensión del deseo le permite una conquista impensada en la juventud -la superación del miedo-, pues quien “*lo ha perdido todo*” puede afirmar “*casi sin tristeza*”: “*¿no es hermoso, por fin, vivir sin miedo?*” (“**Ambigüedad de la catástrofe**”, 47). Asimismo, la vida en su inminente tránsito a la muerte le permite experimentar lo que la acelerada existencia nos niega sistemáticamente, como lo expresa desde el título, “**No hay prisa**” (51). Este es el consejo que el sabio hablante nos dirige (y también a sí mismo): “*Deja que pasen estos años, son pocos ya, / sé paciente y espera / con la seguridad de que con ellos habrá pasado / definitivamente todo. / Un todo que es la vida, camino de una nada que es la muerte.*” En un desdoblamiento consigo mismo, se aconseja una suerte de ataraxia, de abulia envolvente y lánguida, superada toda impaciencia y ansiedad, entre la consoladora amnesia y la renuncia resignada... Pesimismo vital, agonismo minimalista, dan como resultado una fe invertida, la certeza incommovible de nuestro ser perecedero, pero con la mirada puesta en el rescate fugaz de la belleza que aún persiste fuera, cuando concluye: “*entretanto / agradece el regalo de la luz / del cielo de diciembre*” (51).

Especial mención merecen también los dos poemas pareados, dos versiones que ofrece como contrapunto tituladas “**Vista cansada**”, en homenaje y diálogo con el libro homónimo de Luis García Montero (2008), no Machado y sus proverbios resonando al fondo en esta paradoja: “*No achagues a tu edad / este desinterés, la indiferencia / -casi desdén- / con que hoy miras la vida. / No culpes a tus ojos fatigados. // La fatiga / no está en los ojos que miran, / está en todo lo que ven*” (61). En la polaridad mundo-hombre, el responsable del cansancio y fatiga existencial que la vista declara es aquí ese mundo sombrío, la realidad hostil, la vida en una edad que

avanza infatigable. Pero a continuación, el otro poema homónimo corregirá (relativizando) esta primera conclusión: *“No achaques a la vida/ este desinterés, la indiferencia/ -casi desdén-/ con que hoy la miras.// La vida es inocente e incansable.// La fatiga/ con que ahora la contemplas,/ está / no en lo que los ojos ven, / sino en los ojos que miran”* (63). Aquí es el sujeto el agente de su propia extenuación y cansancio existencial. García Montero le había dado a la metáfora una vuelta de tuerca vitalista: la “vista cansada” por la crueldad del mundo se alivia con las gafas correctoras –alegoría de una ética del vivir– que lo ayudan a leer renovadamente el mundo. Pero aquí González parece decidirse por la suma agobiante de ambas versiones: el cansancio de la vista nace del agobio del mundo sumado al agobio del sujeto; si hay culpa es compartida y no parece haber “gafas” correctoras que nos libren.

En esta travesía agónica que se niega al patetismo y se contiene, bordeando el comentario íntimo, la confidencia menor, el susurro del pensamiento, González renuncia una vez más al mito más acariciado por los poetas: la sobrevida por el arte, la poesía como verdad trascendental, la sublimación estética. La ficción de la vida se revela más fuerte que la del poema y le permite contradecir la célebre sentencia del famoso poema titulado “Autopsicografía” de Fernando Pessoa, que decía: *“El poeta es un fingidor./ Finge tan completamente/ que hasta finge que es dolor/ el dolor que de veras siente”*. En cambio González sentencia: *“Yo soy un fingidor; yo, no el poeta./ Ahora habla el hombre:/ Sí, soy un fingidor./ Ved mi sonrisa”* (“**No sólo el poeta es un fingidor**”, 49). Aquí se esconde el drama del hombre que al sonreír llora, al creer descrece, al apostar a la palabra sanadora del poema, sabe con certeza que es un ser de papel el que lo habita y que todo termina. Detrás de la máscara alienta un rostro, el humano perecedero, que vive fingiendo su vida como si ésta fuera eterna, cuando en realidad cada paso lo encamina a su extinción. ¿Quién finge más entonces? ¿El hombre o el poeta? Como diría Unamuno, somos sólo una cadena de soñadores (del personaje al autor y de éste a Dios), o mejor con González, somos exitosos “fingidores” tanto en el arte como en la vida.

A los 82 años muere Ángel González, y en el poema titulado “**Ya casi**” parece que se despide admitiendo que no es “nada grave” este final. El cuento de la vida que no acaba no es más que una ficción destinada a desaparecer: *“Esto,/ que está muy mal,/ está pasando./ Como pasó el amor,/ pasará el desconsuelo./ ¿Acabaré agradeciendo al tiempo/ lo que en él siempre odié? / Que todo pase,/ que todo lo convierta al fin en nada.”* (67). El sujeto es apenas un desarticulado *memento homo* que se vuelve “humo, ceniza, lejanía” (“Todo el mundo sabe”, 65). La vida despenándose en la muerte es “lo que está pasando” y lo que “todo el mundo sabe”.

Como por “**Arte de magia**”, la muerte nos hace desaparecer como el conejo de la galera: *“Sin moverme de mí,/ desaparecí./ Nada por allá,/ nada por aquí.// Nada, nadie, nada./ No estoy donde estaba./ No estoy simplemente./ Así,/ de repente,/ me desvanecí / sin dejar vestigio. // ¿Quién hizo el prodigio?// La muerte es la mejor prestidigitadora”* (57). El tiempo es uno de sus más mortíferos enemigos porque “todo lo convierte al fin en nada” y sus acariciadas tardes se vuelven ásperas como

afirma en el poema “**Algunas tardes**”: “Una tristeza insólita/ me invade algunas tardes. / La de hoy es una de ellas./ En el sombrío cuarto de estar / triste, / permanezco a la espera / de que la luna certifique la defunción del día.// Este es por fin el cuarto / menguante de una luna llena / de macilenta luz/ que me confirma lo que yo esperaba:/ el día / que tanto me dolía ya se ha muerto./ Y la noche es el sueño: al fin, la nada.” (71).

Felipe Benítez Reyes acierta al definir este inacabado libro, como un perfecto cierre de su travesía total, donde se fija a fuego su mejor legado, “una de las marcas estilísticas y morales más persistentes —y más poéticamente efectivas— de Ángel González”: “tener la templanza suficiente para no caer en el patetismo al hablar de asuntos patéticos, tener la inteligencia de no hablar del dolor desde la representación previsible del dolor”. Poemas hechos con casi nada, sobre la nada: “como el propio Ángel en sus últimos años, con sus pasos tan derechos y medidos. Con su voz tan quebradiza. Tan livianos, tan desolados, tan exactos, tan próximos al silencio, con tantas ganas de callar...”

¿Por qué hablar de una *poética de la despedida*? En verdad, no hay adiós que quepa en las palabras. Sólo un *memento mori* desplegado en la página, acunado por su sabia advertencia, que no anula el desasosiego, por más que insista en minimizar sus efectos. Es verdad, no hay “nada grave” en el morir, parece decirnos González, excepto la “nada”. Será como caer en el “vacío”, una “pirueta” graciosa, un cuerpo que al tocarse no se encuentra, el recuerdo del alma dolorida, como afirma en el texto de cierre, titulado “**Caída**”: “Y me vuelvo a caer desde mí mismo,/ al vacío,/ a la nada./ ¡Qué pirueta!/ ¿Desciendo o vuelo?/ No lo sé./ Recibo/ el golpe de rigor, y me incorporo./ Me toco para ver si hubo gran daño,/ mas no me encuentro./ Mi cuerpo ¿dónde está?/ Me duele sólo el alma./ Nada grave.” (73)⁸

Su lapidaria afirmación como hombre (“*me desvanecí/ sin dejar vestigio*”), afortunadamente no es el epitafio definitivo del poeta que sobrevive en sus palabras, como el canto claro de la fuente machadiana nos recuerda: “*Todo lo que ya fue volverá a ser*” (“Todo el mundo sabe”, 65). Por eso, cuando alguien nos pregunte donde está Ángel González nos quedará el consuelo de su respuesta: “*Quien quiera saber de él, pregunte al viento*” (65). Y no será desatinado preguntarnos: “*¿En quién vivirá él cuando al fin muera?*” (59). Seguro que sabremos la respuesta: aquí en su Oviedo natal, en esta cátedra que lleva su nombre y en todos sus lectores que lo mantenemos vivo.

⁸ Sostiene Wilcox que “La deducción que hago de la estructura básica de *Nada grave* —que comienza con la resurrección del cuerpo y termina con su desaparición— es que la vida en sí está enmarcada por la nada; y quiero sugerir que este es uno de los rasgos distintivos de la visión negativa de nuestro poeta sobre la vejez” (200).

BIBLIOGRAFIA

- Alín, José María, *Cancionero tradicional* Madrid: Castalia, 1991.
- Benítez Reyes, Felipe, "La gravedad de Ángel González", en:
<http://www.revistaclarin.com/306/la-gravedad-de-angel-gonzalez/> 25 septiembre de 2008.
- Caballero Bonald, José Manuel, "Graves bocetos para un libro", en:
http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/23092/Nada_Grave, 2008.
- Díez de Revenga, Francisco. *Poesía de senectud*. Guillén, Diego, Aleixandre, Alonso y Alberti en sus mundos poéticos terminales. Barcelona, Anthropos, 1988.
- González, Ángel. *Deixis en fantasma* en *Palabra sobre palabra*. Barcelona, Seix Barral (DF), 1994.
- González, Ángel. "Prólogo" a *Poemas* (Edición del autor). Madrid: Cátedra, 1980, 13-26.
- "¿...soy poeta?", en *Revista El País*, domingo 11 de enero, 1998, 35.
- *Otoños y otras luces*. Barcelona, Tusquets, 2001.
- "Nada grave. Poemas recientes", Antología preparada por Susana Rivera, *Litoral*, No. 233, pp.71-77, 2002.
- ¿Qué sabes tú de mi vida? Antología artesanal con prólogo de Benjamín Prado. Segundo Santos Ediciones, 2006.
- "El poema de mis 82 años", en *El País Semanal*, 27 de octubre de 2008.
- *Nada grave*. Madrid, Visor, Col. "Palabra de honor", 2008. (NG)
- "Ángel González, la coherencia en sílabas contadas", en *Cuadernos hispanoamericanos*, No. 17, 2008, pp. 21-60.
- Prieto de Paula, Ángel, "Cuando ya nada se espera", en:
http://www.elpais.com/articulo/narrativa/nada/espera/elpepuculbab/20080628elpbabnar_4, 2008.
- Romero, Carmen, "Ángel González, *Nada grave*. Superviviente hacia la desesperanza", en:
<http://www.laestafetadelviento.es/resenas/nada-grave>, 2008
- Scarano, Laura, "Los paisajes urbanos de Ángel González", *Litoral*, No. 233, 2002, pp.295-299.
- "De los álamos vengo... Entrevista al poeta español Ángel González " [realizada en diciembre de 2000], en revista *Olivar*, Universidad Nacional de La Plata, No.4, 2003, pp.161-175.
- "De otro modo de F. García Lorca" en Jesús García Sánchez (ed), *Centuria. Cien años de poesía en español* (en conmemoración del No. 500 de la Colección Visor de Poesía). Madrid: Visor, 2003, pp.551-556.
- "Imaginaris urbanos en clave poética: Del antagonismo (Lorca) a la complicidad (García Montero)", *España Contemporánea*, The Ohio State University, USA, tomo XVI, número 2, otoño 2003, pp. 7-28.
- "Poética para una despedida: *Nada grave* de Ángel González", *Revista La Pecera*, Mar del Plata, no.14, 2008-2009, pp.97-100.
- "Nada grave o grave nada: La mueca póstuma de Ángel González", en *Archivum*, Universidad de Oviedo, nº 60-61, 2011-2012, pp. 427-443.
- y Verónica Leuci "Ángel, ¡qué raro! Perplejidades nominales en la poesía de Angel González", revista *Prosemas*, Universidad de Oviedo, No.1, 2014, pp.153-174. En:
<http://www.unioviedo.es/reunido/index.php/PREP/issue/view/829>
- Wilcox, John, "Apuntes para una poética gerontológica en el Ángel González de *Nada grave*" en revista *Prosemas*, Universidad de Oviedo, No.1, 2014, pp. 195-202. En:
<http://www.unioviedo.es/reunido/index.php/PREP/issue/view/829>